

La gran sentenza su la fronte bruna
In riga apparve trasparente e rossa.
A quella vista di terror percossa
Va la gente perduta; altri s' aduna
Dietro le piante che Cocito ingrossa,
Altri si fuffa nella rea laguna.
Vergognoso egli pur del suo delitto
Fuggia quel crudo, e stretta la mascella,
Forte graffiava con la man lo scritto.
Ma piú terso il readea l' anima fella.
Dio fra le tempie gliel avea confitto,
Nè sillaba di Dio mai si cancella.

IV.

Uno strepito intanto si sentia,
Che Dite introna in suon profondo e rotto;
Era Gesù, che in suo poter condotto
D' Averno i regni a debellar venia.
Il bieco peccator per quella via
Lo scontró, lo guató senza far motto:
Pianse al fine, e da' cavi occhi dritto
Come lava di foco il pianto uscia.
Folgoreggió sul nero corpo osceno
L' eterea luce, e d' infernal rugiada
Fumarono le membra in quel baleno.
Fra il fumo allor la rubiconda spada
Interpose Giustizia: e il Nazareno
Volsse lo sguardo, e seguító la strada.

DEL PETRARCA.

Io amai sempre ed amo forte ancora,
E son per amar piú di giorno in giorno
Quel dolce loco, ove piangendo torno
Spesse fiate quando amor m' accora;
E son fermo d' amare il tempo e l' ora
Ch' ogni vil cura mi levar d' intorno:
E piú colei; lo di cui viso adorno
Di ben far co' suoi esempi m' innamora.
Ma chi pensó veder mai tutti insieme
Per assalirmi il cor or quindi or quinci
Questi dolci nemici ch' i' tant' amo?
Amor, con quanto sforzo oggi mi vinci!
E, se non ch' al desio cresce la speme,
L' cadrei morto ove piú viver bramo.

De sangre en caractéres señalada,
Su sentencia inmortal brotó á su frente.
A semejante vista, huyó espantada
Del vil apóstol la precita gente,
Y del infierno le dejó á la entrada,
Del odio universal blanco viviente.
Pugnaba el miserable avergonzado,
La marca por borrar de su delito,
Y arañaba su frente despechado
Sin lograr de su tez borrar lo escrito:
Que con sangre de Dios fué allí marcado,
Y el rastro de su sangre es infinito.

IV.

En esto, un gran estruendo se sentia,
Por la infernal mansion jamas oido.
Era Jesus, que en gloria conducido,
A hollar los reinos de Luzbel venia.
Se halló en la senda que Jesus traia
Judas; callado le miró y corrido:
Lloró al fin, mas el párpado oprimido,
Lava ardiente, no lágrimas vertia.
Sobre el semblante del traidor, de lleno
Reverberó su resplandor divino,
Y humo impuro brotó su inmundo seno.
Justicia entonces, al tremendo sino
Infernal le lanzó: y el Nazareno
Tornó la faz, y prosiguió el camino.

DEL PETRARCA,

Siempre amé, y amo aún, y desde ahora
Amar espero más de dia en dia
Aquel dulce lugar donde me guia
El triste amor que mi ánima atesora:
Y en amar estoy siempre el tiempo y hora
En que olvidé cuanto cuidado habia
Terrenal, y amaré mas todavía,
Aquella cuya imágen me enamora.
Mas ¡quién pudiera haber jamas creido
Que el tiempo en amarguras me volviera
Memorias á quien yo tanto he querido?
¡Oh amor, cómo has rendido mi alma fiera!
¡A no estar de esperanzas mantenido,
Dó anhelo mas vivir, muerto cayera!



A LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JÓVEN LITERATO

DON MARIANO JOSE DE LARRA.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su mision sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una vírgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacio,
Vacio ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor,
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la lianura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta, en su mision
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendicion.

Duerme en paz en la tumba solitaria,
Donde no llegue á tu cegado oído
Mas que la triste y funeral plegaria
Qué otro poeta cantará por tí.
Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño,
Memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo,
Fetidez y corrupcion;

¡Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento . . .
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

A CALDERON.

"La venerable congregacion de sacerdotes naturales de esta villa, puso aquí esta inscripcion, con permiso de Don Diego Ladrón de Guevara, caballero de la órden de Calatrava y patron de esta capilla."
(Capilla de San Salvador, Sepulcro de Don Pedro Calderon de la Barca.)

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por la villa:
Donde se lee en un rincon,
Mas que con ojos con manos,
—AQUÍ LOS RESTOS HUMANOS
DE DON PEDRO CALDERON.—

I.

Ave osada cuyas plumas
Vistieron de cien colores
Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas;
A cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y á cuyas alas dió viento
Tu noble aliento español;
A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
A quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra;
Aguila para volar
Reina del viento naciste,
Fenix al mundo saliste
Para vivir y cantar.
Aguila fué tu osadía,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
A beber la luz del dia.
Fenix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Solo se hicieron oír
Al calor de sus hogares.
Aguila tus ojos son,
Y fenix es tu garganta:
Es fenix la voz que canta,
Aguila la inspiracion.
Si el águila ojos te da,
Te da el fenix melodía,
Para tu luz y armonía
Ni ojos, ni oídos habrá.
Mas por desgracia ó fortuna
Ya tu garganta esta seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz á la memoria
De DON PEDRO CALDERON.
Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,
Pero en tan bajo lugar,
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.
Mucho te guardan del sol,
Temerán que te ennegrezca . . . !
O tal vez no le merezca

Tu ingenio, y nombre español.
En vez de tan vil lugar
Si fueras un potentado,
Sepulcro te hubieran dado
Delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero
Le dan virtud y oraciones
El oro de sus blasones,
Y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí
En ese rincon inmundo;
Para sarcasmo del mundo
Te basta tu nombre á tí.

Que imbécil y descuidada
La malignidad del hombre,
Dejó olvidado tu nombre
Sobre el sello de tu nada.

II.

Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona
Lo poco que soy en mí,
Lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quieren ver,
Pero cuando mas te miran
Mas imposible ha de ser.
;Su lumbre van á perder
Ojos que por tí deliran!
Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma;
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pié dél
Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,
Digno Calderon, de tí,
Si el que á llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,
A tu vez llora por mí,
Que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiracion
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz . . . triste memoria
De DON PEDRO CALDERON.

TOLEDO.

I.

Negra, ruinoso, sola y olvidada,
Hundidos ya los piés entre la arena,

Allí yace Toledo abandonada
Azotada del viento y del turbion.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
Aun asoma su frente carcomida;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pié de su blason.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre,
Lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo imbécil que vegeta al pié.

El soplo abrasador del cierzo impío
Cinó bramando sus tostados muros,
Y entre las ondas pálidas de un rio
Una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí—yace tendida
En el polvo sin armas y sin gloria,
Monumento elevado á la memoria
De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
De este monton de cieno y de memorias
Se levanta dulcísima armonía . . .
Cruza las sombras cencienta luz:
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces:
Una hora despues apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna
Al traves de los vidrios de colores,
El brillo de una lámpara moruna
Colgada al apagarse en un altar;
Apenas entreabierta una ventana
Anuncia un sér que sufre, llora ó vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerte dormido entre el hogar.

Acaso al gemir del viento,
Ese pueblo, en la alta noche,
Alza el rostro macilento
Despertando con pavor;
Fingiéndose en la sombra oscura
La mal abierta pupila,
La trasparente figura
De un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria
Se levantan confundidas,
Una bruja, y una historia
De la santa religion,
Mientras en el polvo la frente,
A la bruja ó á María
Dirije indistintamente
Su sacrílega oracion.

Y en su ignorancia grosera
Mezcla acaso en un ensueño,

El nombre de una hechicera
Con el nombre de Jehová.
Con el vaticinio inmundo
De un *salvador* infame,
El del Redentor del mundo
En torpe amalgama vá.

La luna en tanto pasea
Cruzando el azul tranquilo,
Y los despojos blanquea
De toda generacion:
Esas páginas sin nombre,
Cifras de un siglo ignorado,
Que alzó la mano del hombre
Del hombre para baldon.

Esas santas catedrales,
Cuyos pardos capiteles,
Cuyos pintados cristales,
Cuya bóveda ojival,
Cuyo color cenciento,
Cuyo silencio solemne
Cobijan por pavimento
Una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,
A par de ruidosa orquesta,
Cantares que se levantan
Hasta los piés del Señor:
Sobre ella flota el perfume
Que la atmósfera embalsama,
Y en oblacion se consume
Oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa
Al bramar del viento bravo,
Armonía misteriosa
En el templo se hace oír.
Es un cántico tremendo,
Ronco, vago, agonizante,
Una voz que está pidiendo
Por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,
Del terrible *miserere*,
Cuyo monótono canto
Miedo infunde al corazon:
Y en la bóveda rodando
Saliendo al aire flotante,
Al mundo va predicando
Una santa religion.

Y bajo la piedra helada,
De los hombres que murieron
Se oye la voz apagada
El triste salmo decir;
Y la campana sonora
Remedándola en el aire,
Con la voz de alguna hora
La hace en el aire morir.

II.

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante
De ese torrente que á tus piés murmura,
Que con agua pesada y amarilla
Roe y devora tu muralla oscura,
Que llora avergonzado tu mancilla,
Tu perdida riqueza y tu hermosura,

Y calla por piedad á las naciones
Que yacen en tu fondo tus blasones.
Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
Los ángeles y brujas de tus cuentos,
Las danzas de los santos con las fadas,
Los misterios ocultos en los vientos;
Duerme, sí, con tus farsas parodiadas
Prenda de tus señores opulentos:
Sepulta en barro tu diadema de oro
Y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria
Vanos recuerdos de ayer:
Apenas hoy de esa historia
Nos queda un *Zocodover*,
Y otro nombre en la memoria.

Ceñida entonces la plaza
De ancho tapiz toledano,
En la arena húmeda emplaza
Un moro de noble raza
A algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores,
Que avergüenzan un jardín,
Balcones y miradores;
Cristales son de colores
Los del Miramamolín.

Solo abierto hay un balcón,
Y es el balcón del Sultán,
Y armados de alto lanzón
Ginetes debajo están
Por respeto á la función.

Y las musulmanas bellas
Detrás de las celosías
Muestran ocultas estrellas
Sus ojos, que en tales días
No hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!
Delicadas como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.

Por eso zeloso el moro
Tendió en sus ojos un velo,
Que es más rico su tesoro
Que el color azul del cielo
Teñido en franjas de oro.

Derrama desde la altura
Aguas de olor en la arena,
Que dan aroma y frescura,
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,
De luz y aire embriagadas
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.

Gala del hombre de oriente
Era la altiva Toledo:
Hoy conserva solamente
Cien en la caduca frente,
Y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,
Solitaria y carcomida,
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.

Hoy á las cañas de moros
A lo más ha reemplazado
Con una farsa de toros,
Y á los adufes sonoros
Con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robole el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto alcázar moruno.

III.

Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y día
Del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca
En que leer delectando apenas
La era en que una tribu noble ó loca
Cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras,
En que á través de seda y pedrería
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura:
Quedan en vez de cantos orientales
Himnos al Dios que mora en el altura.

Ya no hay cañas, ni torneos,
Ni moriscas cantilenas,
Ni entre las negras almenas
Moros ocultos están;
Hoy se ven sin celosías
Miradores y ventanas,
No hay danzas ya de sultanas
En el jardín del Sultán.

Ya no hay dorados salones
En alcázares reales,
Gabinetes orientales
Consagrados al placer;
Ya no hay mugeres morenas
En lechos de terciopelo,
Prometidas en un cielo
Que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de oriente
Presos en redes de oro,
Cuyo cántico sonoro,
Cuyo pintado color
Prestan al aire armonía,
Mientras en baño de olores

Dormita soñando amores
El opulento señor.
No hay una edad de placeres,
Como fué la edad moruna:
Igual á aquella ninguna,
Porque no puede haber dos;
Pero hay en gótica torre
De parda iglesia cristiana,
Una gigante campana
Con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
En cien góticos pilares,
Y cruces en los altares,
Y una santa religión.
Y hay un pueblo prosternado
Que eleva á Dios en oración,
A la llama solitaria
De la fé del corazón.

IV.

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
En los pliegues del ronco torbellino,
A cuya voz vacila el firmamento
Y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita
En el impuro corazón del hombre,
Y él adora en un árabe mezcquita
La misteriosa cifra de ese nombre.

EL RELOJ.

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compás;
Si al cruzar la estensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detrás;

Se fijan allí los ojos,
Y el corazón se estremece,
Que según el tiempo crece
Más pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia más bella
Porque se pierde después.

¡Tremenda cosa es pasando
Oír entre el ronco viento,
Cuál se despliega violento
Desde un negro capitel
El son triste y compasado
Del reloj, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!
Aquel misterioso círculo
De una eternidad emblema,
Que está como un anatema
Colgado en una pared,

Rostro de un ser invisible
En una torre asomado,
Del gótico circelado
Envuelto en la densa red.

Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad;
La envió á reír de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Porque el sol es la verdad.

Así á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reloj;
El sol alumbró las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta,
Y se embriaga, y ríe y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmóvil un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.

Tal vez detrás de la esfera
Algún espíritu yace,
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el día
Para hundirse en occidente,
Asoma la calva frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna
Allá en la noche callada,
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asome al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reír.

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso ser,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oír de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oír su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo
Como la primera vez.
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también,
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reló dando las horas
Que no habrán mas de volver;
Y murmurando á compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo—*¡nunca!*
¡Nunca! ¡nunca!—vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

LA LUNA DE ENERO.

El prado está sin verdura
Y los jardines sin flores,
No cantan los ruiseñores
Amores en la espesura.
No se oye el dulce murmullo
Del viento, que ronco brama,
No brota en la seca rama
Tierno y pintado capullo.
No saltan serenas fuentes
Por entre sutiles bocas,
Que ruedan desde las rocas
En vez de arroyos torrentes.
La luz que los aires puebla
Pesada, amarilla y tarda,
Se pierde en la sombra parda
De la perezosa niebla.
Se viste el color del cielo
Color de los funerales,
Y son del alba cristales
Los carámbanos de yelo.
Brotan á los rudos estragos
Con que el invierno le abruma,

La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.
Y hacinados de ancha hoguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.
Y baja amarillo el río,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas desgajadas
Al furor del cierzo impío.

Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube;
Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.
Y en vez de sombra importuna
Vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesanas de la luna.

Que la noche en recompensa
Callando los vendabales,
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste,
Después del día mas triste
De la estación mas ingrata!

Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cual con la lluvia rielan
Las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas,
Lanzando un grito violento
Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzon las veletas.

Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque mas la temamos
La noche la sombra abulta.

Pues por completa ilusión
La noche miente tan bien,
Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.

El aire cristales miente,
Plata los pliegues del río,
Lluvia de ámbar el rocío,
Nacar y perlas la fuente.

Y alza á lo lejos el monte,
Como filas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.

¡Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y espirar!

Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,

Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.
Pensar un velo sutil
Ocultando un blanco cuello,
Y buscar detras de aquello
Un elegante perfil.
Y alcanzar por entre el velo
Dos ojos ó dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo.
Hasta la misma amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiere mas hermosura;
Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

Reina de los astros ¡Luna!
Como tu luz no hay ninguna;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.

Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan extrema;
Bello es del alba el calor,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre quema.

¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra á la nada
Los contornos del misterio,

¡Oh noches encantadoras,
Volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas,
Que embellecen seductoras
Del ánima la tristeza!

Como aquellas no hay alguna!
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesanas de la luna.

A UNA MUGER.

Ayer el alba amarilla
Al anunciar la mañana,
Pintaba de tu ventana
El trasparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba á la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.

Ayer al rumor tranquilo
De la corriente vecina,
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruiseñor;

Y pájaros, flores, fuentes
Saludando al nuevo día,
Le prestaban armonía
En cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,
El cielo azul y sereno,
El jardín fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;
Eras tú niña y hermosa,
Sin rubor sobre la frente,
Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas
Niña ó ángel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez;
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.

Entonces, nica, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazón;
No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusión.

Para tí no había tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No había infierno de amores,
Ni fastidio de placer;
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¡Qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¡Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita, olvidada flor?
Tus ojos yacen quemadas,
Tu cáliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.

Niña de los negros ojos,
¡A qué veniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¡Qué esperas del mundo, dí?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda, te mece,
Tu aroma se desvanece...

¡Quién demandará por tí?
Ángel mío, vuelve al cielo
Antes que el mundo te vea,
Que los placeres del suelo
Placeres malditos son.
¡Oh! por el gozo de un día
No compres, no, tu tormento:
El cielo es solo ¡alma mía!
De los ángeles mansion.